

El portaaviones japonés era un blanco precioso. Flores de fuego florecieron por toda su superficie, arrojando una tormenta de metralla que explotó en el aire en bocanadas de humo negro.

Bill Jackson estaba agazapado detrás de su ametralladora en el asiento trasero del Avenger y se preguntaba si su suerte cambiaría alguna vez. Durante tres años de servicio a bordo de uno de los portaaviones del Tío Sam, su suerte, o más bien su falta de suerte, se había convertido en una leyenda.

Aquí estaba de nuevo, justo detrás de la bola ocho. Por si no fuera bastante malo estar en la cola de la fuerza de torpedos atacante, le había tocado como piloto el teniente Cabot Hart.

No es que Hart no fuera un buen piloto. Lo era. Jackson admitió que no había nada que pudiera justificar su aversión hacia el hombre que ocupaba el asiento de delante. Surgía de la inflexible corrección de Hart, de su inhumano distanciamiento incluso en el fragor de la batalla.

Otros pilotos a veces gritaban insultos a los japoneses, o aullaban de júbilo cuando se lanzaban sobre el enemigo. Hart nunca hizo nada de eso. De algún modo, uno tenía la sensación de que Hart pensaba que insultar a un japonés o aullar cuando soltaba una bomba o ametrallaba a una tripulación no era del todo correcto.

Por encima del aullido del motor del Avenger y el rugido de los cañones de abajo, llegó el sordo estruendo de las bombas pesadas. Eran las “Fortalezas Voladoras” desde tierra, desde Nueva Bretaña, dándoles una paliza a los destructores enemigos.

Jackson estiró el cuello, buscando aviones, con los ojos entrecerrados contra el sol. El cielo estaba lleno de destellos de fuego antiaéreo. Lejos, al este, había una nube, una estrecha franja de negrura sobre el horizonte. La idea de que podría volver a llover se le metió en la cabeza.

De repente, Jackson se incorporó y apretó con más fuerza el gatillo. Desde arriba, dos sombras oscuras se precipitaban: ¡“Zeros” japoneses!

Uno se hizo a un lado, eligiendo, probablemente, al otro —Vengador— como objetivo. Pero el segundo continuó el ataque, cayendo casi verticalmente.

El japonés venía rápido, confiando en su velocidad para atravesarlo. Los cañones del

Zero parpadearon y las balas de plomo se clavaron en el ala izquierda del Grumman. Jackson apretó el gatillo y los cañones gemelos del Avenger martillearon con un ronroneo.

El Zero bailó en el espacio bajo el impacto, cayó y se deslizó hacia el mar. Cintas metálicas ondearon de las superficies de sus alas desconchadas. El plexiglás sobre la cabeza del piloto estaba astillado. Jackson sabía que el japonés estaba muerto. Había sido rápido, pero no lo suficiente.

—Uno derribado —informó Jackson, manteniendo la calma. Con cualquier otro piloto habría gritado.

—Buen trabajo, Jackson —dijo Hart, con la voz entrecortada y quebradiza.

—Tal vez —se dijo Jackson—, el tipo está simplemente asustado. Quizá sólo habla así para hacerme creer que no lo está.

Pero Hart tenía valor, mucho valor. Nunca se dejaba llevar por el entusiasmo, como si esta guerra fuera un problema que hubiera que resolver en una pizarra.

El Avenger aceleró en picado. Desde el mar llegó el estruendoso rugido de la explosión de un torpedo. Una llamativa bengala parpadeó y el mar se llenó de humo.

Otro Zero se acercaba en un ángulo incómodo. Con la guardia baja, Jackson giró su arma, intentando desesperadamente tener al enemigo en su punto de mira.

Las balas resonaron en lo alto por encima de su cabeza, agujereando el plexiglás. Los cañones del Zero volvieron a escupir con furia y la tormenta de proyectiles descendió por el fuselaje.

Jackson abrió fuego, girando el arma para alcanzar el cuerpo del avión. Vio volar el metal, vio desfilar las balas hacia el capó, oyó, a su vez, el chasquido de las balas japonesas en el blindaje justo a sus espaldas.

De repente, un hilo de humo salió de la nave japonesa. Entonces el Zero quedó fuera de alcance.

Enderezándose, el artillero se inclinó sobre el costado del Avenger, vio al japonés que se precipitaba hacia el agua, dejando una estela de humo.

—Dos derribados —dijo por el micrófono, pero su voz fue sofocada por un poderoso rugido.

—¡Lo tenemos! —gritó Jackson—. ¡Lo tenemos!

—Eso parece —coincidió Hart.

La parte superior del portaaviones estaba casi oculta por una imponente columna de humo. Llamas rojas se enroscaban a través de la nube.

Justo delante había otro Avenger, dirigiéndose directamente hacia el portaaviones siniestrado. Un solo cañón de la nave se iluminó de nuevo, un destello rojo entre el humo. El torpedo del Avenger chocó contra el agua, levantando grandes salpicaduras.

Jackson vio caer el torpedo del avión que iba delante, lo vio avanzar a toda velocidad, con una estela espumosa detrás, mientras el avión atacante giraba hacia arriba y desaparecía entre el humo.

Entonces, el aire se estremeció al impactar el torpedo. Se levantó un muro de agua, que quedó suspendido un instante frente a ellos y luego volvió a caer al mar.

Hart iba hacia allí. El portaaviones se escoraba, el fuego bañaba sus costados, mientras una densa nube negra se alzaba, bordeada por el parpadeo rosado de las furiosas llamas.

Jackson se puso en pie de un salto y gritó triunfante cuando Hart lanzó el Avenger hacia el humo que había sobre el portaaviones.

Pero el avión no salió disparado, como sucede cuando hay una onda expansiva. No hubo explosión. Jackson se sentó tristemente.

—No usamos el torpedo —dijo.

—El barco se hunde —dijo Hart—. ¿Para qué desperdiciar un torpedo?

—Sí, señor —dijo Jackson—, supongo que no tiene sentido.

Pero era una locura, se dijo, tomarse tantas molestias sólo para pasarlo por alto.

Muy por debajo, el portaaviones estaba oculto por la columna de negrura que surgía del mar. Al norte había otras dos columnas de humo. Serían sus destructores escolta. Las Fortalezas se habían ocupado de ellos.

A lo lejos se veían tres puntos, probablemente otros Vengadores que se dirigían a casa. Por lo demás, el cielo estaba vacío.

Cuando Jackson volvió a mirar atrás, ya no había ninguna nube de humo, sólo restos a la deriva en el agua.

—Se ha hundido, señor —le dijo a Hart.

Hart no contestó. Ahora estaba justificado por no haber lanzado el torpedo al portaaviones.

La emoción había terminado y, de camino a casa, Jackson se dio cuenta de que tenía hambre. No importaba. Dentro de una hora, más o menos, se sentaría a comer un filete con patatas fritas.

—Jackson —dijo Hart—, ¿ves algo al este?

—Un banco de nubes, señor. Las noté hace un rato. Tal vez tengamos otra tormenta.

— No es eso —dijo Hart, bruscamente—. Más bien parece humo.

—Sí, señor —convino Jackson—. Quizá otro barco japonés.

—Allí no hay barcos japoneses —dijo Hart con frialdad.

Incongruentemente, Jackson pensó el filete y las patatas fritas.

—Si ellos... —las palabras se le secaron en la boca.

—Les hundimos los suyos —le recordó Hart.

Era inútil intentar hablar con un tipo que veía la guerra como un diagrama de fuerzas opuestas, a un portaaviones como una cierta potencia de ataque, no como un barco que significaba hogar y seguridad para los combatientes.

Jackson miró fijamente hacia el suroeste. Una nube de humo, más ligera que el banco de nubes furiosas que se deslizaban por el cielo, colgaba en el horizonte. ...

El portaaviones de los Estados Unidos se escoraba. Salía humo de la proa. Pero no había confusión a bordo. Los equipos de extinción de incendios estaban manejando los aparatos, otros estaban limpiando los restos de la cubierta.

Un destructor y un crucero yacían a media milla de distancia, elegantes formas grises en el agua, a la espera.

Con un nudo en la garganta, Jackson observó el portaaviones mientras lo rodeaban a baja altura. En la proa de estribor había un enorme agujero.

—Un submarino —dijo.

Otros aviones estaban rodeando el portaaviones, una prole sin lugar donde aterrizar, ya que la inclinación de la cubierta de vuelo lo hacía imposible.

Un marinero salió a cubierta con dos banderas de señales.

—Están en posición para hacer señales, señor —dijo Jackson—. No quieren usar la radio.

Hart asintió y bajó el Grumman hacia la cubierta. Otros Vengadores, vio Jackson, también se acercaban para recibir el mensaje.

El responsable de las señales trabajaba frenéticamente, con la intención de terminar el mensaje antes de que los aviones pasaran. Jackson mantenía los ojos fijos en las banderas.

—Dependemos de nosotros mismos —dijo Jackson—. Usen su propio criterio.

—Lo he leído, Jackson —dijo Hart secamente.

Jackson miró la nuca del piloto, preguntándose si debería darle un golpe a Hart. Pero entonces, ¿quién volará el avión? No, es mejor pensar qué hacer a continuación, aunque Hart, por supuesto, seguirá haciendo lo que le diera la gana.

Había dos opciones, Jackson lo sabía. Podían aterrizar en el mar y ser recogidos por el destructor. O podían intentar llegar a tierra... a Saipán, probablemente, ya que era el punto más cercano en manos americanas.

Si aterrizaban en el mar, saldrían indemnes, pero perderían el avión. Si intentaban llegar a tierra, podrían salvar el avión... si llegaban a tierra.

El artillero miró al cielo. Todo el horizonte oriental estaba cubierto de nubes grises como la pizarra y negras como el hollín hasta la mitad del cenit. Se avecinaba una tormenta, y se acercaba rápidamente.

Dos de los Vengadores estaban descendiendo para aterrizar cerca del destructor. Su suministro de combustible, al parecer, era demasiado bajo para intentar un vuelo a tierra. Los otros volaban en círculos mientras sus pilotos intentaban decidirse.

Hart no esperó a ver qué hacían. Giró el morro del Avenger hacia el este.

—Voy a intentar llegar a Saipán —dijo—. Puedes acompañarme o saltar. Me acercaré al destructor si quieres hacerlo.

—Nos encontraremos con una tormenta, señor —señaló Jackson.

—Lo he tenido en cuenta —le dijo Hart.

Aquello fue el colmo. No bastaba con que el hombre sugiriera que su artillero podría querer saltar para salvar su propio cuello. Tenía que aprovechar cualquier oportunidad para demostrar su rango, y responder a cada sugerencia con tono insultante.

—Me quedaré a bordo —dijo Jackson—. No lo por usted, sino por el avión.

—Has dejado clara esa distinción —dijo Hart—. ¿No me apruebas, Jackson?

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó Jackson.

Hart no dijo nada. Jackson se tranquilizó, casi echando humo. Mirando hacia atrás, vio que tres de los Vengadores les seguían. Los demás estaban aterrizando en el agua. En el portaaviones, los bomberos parecían estar controlando las llamas.

El mar, que antes había sido azul, era ahora de un gris furioso. La primera gota de lluvia salpicó contra el plexiglás destrozado.

El Avenger se dirigió hacia el este, el Wright Cyclone aullaba desafiando al viento. Las gotas de lluvia caían cada vez más rápido y más gruesas. Jackson tiró de la cubierta hacia delante, pero el agua goteaba por los agujeros que habían hecho las balas japonesas.

Ahora volaban en un mundo de tormenta, un mundo de agua a raudales. No había rastro de los otros tres Vengadores, aunque Jackson sabía que debían de estar cerca.

Las horas avanzaban hacia el atardecer y la tormenta disminuía. El cielo se aclaró un poco en lo alto y dejó de llover. Los nubarrones se separaron para dejar que el sol pintara un rayo rojo sangre sobre el mar a sus espaldas.

Los otros Vengadores no estaban a la vista. Al parecer, habían tomado otro rumbo en la tormenta.

El cielo y el mar estaban vacíos, excepto por una pequeña isla a la derecha. Se extendía como una enorme herradura, a horcajadas sobre la sangrienta trayectoria del sol, con el oleaje pintando una franja blanca a su alrededor.

La voz de Hart rompió el silencio.

—Estamos listos, Jackson. Falta gasolina. Probablemente una rotura en la línea de

alimentación.

—Sí, señor —dijo Jackson.

—Una bala podría haberla mellado —declaró Hart.

—No recibimos ninguna bala, por el frente señor —dijo Jackson con suficiencia.

Hart estaba en lo cierto. El piloto había sobrestimado su suministro de combustible. Lo del conducto de combustible no era más que una pobre excusa.

El Avenger planeaba hacia la isla, que era más grande de lo que parecía y estaba densamente arbolada. La laguna, en el interior de la herradura, estaba bien protegida, y en el borde exterior había una playa estrecha que desembocaba abruptamente en una zona cubierta de bosques.

Hart se dirigía a la playa. Jackson cruzó los dedos mentalmente, imaginando agujeros o peñascos que podrían hacerlos pedazos. Pero el avión aterrizó suavemente en una playa casi tan lisa como el suelo. Hart apagó el motor y el silencio fue ensordecedor. Poco a poco Jackson se acostumbró al sonido del oleaje, al parloteo de los pájaros en el bosque.

Apoyado contra el avión, Jackson encendió un cigarrillo. Encontró a Hart mirándole con ojos furiosos.

—¿Por qué no te adelantas y lo dices? —exigió el piloto.

—¿Decir qué? —preguntó Jackson.

—Vamos, dime que es mi culpa.

—Robinson Crusoe se las arregló, señor. Nosotros también podemos. La guerra terminará algún día. Alguien nos encontrará entonces.

—Debería darte un puñetazo por decir algo así —declaró Hart.

—Si quiere pelear, señor —anunció Jackson—, soy su hombre. Pero tiene que golpearme primero. El reglamento, ya sabe.

Hart parecía desconcertado.

—Eres el primer hombre al que quiero zurrar —dijo—. Nunca había querido pelear con nadie.

—Sí, lo sé. Ni siquiera con los japoneses.

—¡Eso es mentira, Jackson!

—No, no lo es. Has disparado a los japoneses, claro, y los has bombardeado. Pero realmente no has luchado contra ellos. Has luchado esta guerra como un hombre juega al golf. Has luchado por el par, no contra el enemigo.

—Jackson —preguntó Hart—, ¿quieres que te pegue?

—Olvidalo —dijo Jackson—. Vamos a ver cómo está el campo. Tal vez tengamos que permanecer aquí sentados mucho tiempo.

Una rama se quebró con un fuerte ruido en la selva frente al avión, y se pusieron en alerta. Algo se movía por la selva hacia ellos.

Era un hombre, un hombre blanco. Tenía la barba blanca y desaliñada y el pelo gris le llegaba casi hasta los hombros. No llevaba camisa y sus pantalones estaban sujetos por un trozo de cuerda deshilachada.

Se detuvo en el borde de la jungla y les miró con un parpadeo.

—¿Americanos? —preguntó.

Hart asintió.

—Les vi llegar —dijo el viejo, tropezando con las palabras, como si el inglés no le resultara familiar—. Deben irse. Los japoneses están aquí.

—¿Los japoneses?

—Del otro lado. Usan la laguna como base para los hidroaviones. Los nativos están construyendo una rampa para ellos.

Hart sacudió la cabeza.

—Me temo que no entiendo. Dime quién eres.

—Soy Smith. Al menos puedes llamarme así. Mitad vagabundo, mitad comerciante. Tenía una pequeña estación aquí. Nativos amistosos, los que quedan de ellos. Sólo unos cincuenta. Cuando llegaron los japoneses, no me mataron porque podía hacer trabajar a los nativos, o... —Smith se pasó el pulgar por la garganta.

—Tal vez los japoneses no nos vieron aterrizar —sugirió Hart.



— Ni pensarlo —dijo Jackson.

—Me temo que sí —dijo Smith—. Deben irse.

—No tenemos gasolina —explicó Hart.

—¿Cuántos japoneses? —preguntó Jackson.

—Sólo una docena más o menos aquí regularmente —dijo Smith—. Personal de tierra e ingenieros. Por lo demás, van y vienen. A veces hay hasta veinte aviones. Otras veces, ninguno. Ahora no hay ninguno. De vez en cuando viene un barco de suministros.

—¿A qué distancia está Saipán? —preguntó Hart.

—Doscientas cincuenta millas —dijo Smith—. Si consiguiéramos esconderlos hasta la noche, podría traerles suficiente gasolina. Los nativos me ayudarían. Odian a los japoneses.

—¿Dices que no hay aviones aquí ahora? —preguntó Jackson.

—Ahora no —le dijo Smith—. Se fueron ayer. Hubo una batalla.

—Sabemos de eso —dijo Jackson.

—Será fácil, entonces —declaró Hart con calma—. Mientras no haya aviones, podemos mantenernos fuera de su camino. Tú traes la gasolina hasta aquí...

—¿Por qué molestarse con el juego del escondite? —protestó Jackson—. Dejémonos caer sobre el campamento y quitémosles la gasolina.

Hubo un ruido en la jungla, y Smith pareció esfumarse, como si se hubiera metido detrás de un arbusto.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Jackson.

La jungla volvió a agitarse y una voz chirriante y aguda les gritó:

—¡Arriba las manos!

Un oficial japonés salió de la maleza con una pistola en el puño. Los arbustos se agitaron y tres soldados salieron a la playa, con los fusiles preparados.

Jackson escupió en la arena.

—¡Japoneses! —dijo.

—Quédate quieto —le gritó el japonés—. ¡Levanta las manos!

Hart tenía las manos en alto.

—Levántalas —le dijo de forma brusca a Jackson—. No tiene sentido que te disparen.

Jackson levantó las manos de mala gana.

—Qué sensato —siseó el oficial japonés—. Y un bonito avión, además. Nos interesará mucho.

Se cuadró frente a los americanos, les miró y se rió.

—Permítanme presentarme. Soy Matoka. Anteriormente de San Diego, en su propio y encantador país. Cuando acabe esta guerra, volveré allí a vivir. Me gustan los americanos. Están tan dispuestos a escuchar razones.

—Ahora siento no haber ido a por mi pistola —gruñó Jackson—. Podría haber matado a dos o tres de ellos.

—Quizás podrías haberlo hecho —convino Hart—. ¿Y entonces qué?

—Entonces te habríamos disparado —dijo Matoka. Clavó juguetonamente la boca de la pistola en la boca del estómago de Jackson.

—Tengo la corazonada —Joe, le dijo Jackson al japonés—, de que antes de que esto acabe voy a tener que meterte los dientes hasta el fondo de tu amarilla garganta...

El sol de la mañana se colaba por las ventanas rotas de la vieja choza de Smith. Desde el exterior llegaba el sonido de martillazos y serruchos mientras los isleños trabajaban, bajo media docena de guardias japoneses, en la rampa de hidroaviones a medio terminar.

La choza estaba vacía, salvo por varios catres, algunas mantas amontonadas en una esquina, una pila de rifles y otros cachivaches.

Matoka se sentó detrás de una pequeña mesa de madera y observó a los dos estadounidenses que tenía delante. Había un guardia en la puerta y otros dos en las paredes opuestas.

—Así que —dijo el oficial japonés—, os negáis a darme información.

—Somos prisioneros de guerra —le dijo Hart—. Le hemos dado toda la información que se nos exige.

Matoka se inclinó hacia delante.

—Teniente Hart —le dijo con sorna—, ustedes, los americanos, quizás todavía se aferran a las convenciones de la guerra. Establecéis vuestras tontas reglas y esperáis que el mundo las siga.

—Son reglas de decencia —espetó Hart.

—¡Decencia! —El japonés intentó imitar el tono—. Teniente, la guerra no es algo decente. Ten en cuenta que esta isla está fuera de la ruta. ¿Quién puede saber lo que le ocurre aquí?

Se acomodó en su silla y esperó.

—Podría romperle su escuálido cuello —dijo Jackson, con calma—, antes de que uno de esos monos con pistolas pudiera detenerme. ¿Lo intento?

Matoka dejó su pistola sobre la mesa.

—Por supuesto, señor Jackson —le invitó—. Adelante, inténtelo.

—Usted tiene todos los ases —señaló Jackson.

Matoka sonrió.

—Ya lo ve, teniente Hart. Tenemos todos los ases. Una frase muy pintoresca. Dígame, ¿qué le ha pasado a su portaaviones?

—Envíe a su armada a averiguarlo —espetó Hart.

—Se olvida —corrigió Jackson—. Ellos no tienen realmente una gran armada. Acabamos de terminar con ella.

El japonés se levantó lentamente. Sus ojos se entrecerraron y se inclinó hasta que su cara estuvo a centímetros de la del piloto.

—¡Dígamelo! —gritó.

El piloto se puso rígido y no dijo nada. El japonés levantó una mano y golpeó a Hart en la mejilla. Las huellas de los dedos del japonés quedaron marcadas en la carne del

piloto y, por un instante, el tiempo pareció detenerse.

Entonces Hart se movió, silencioso, eficaz, despiadado. Sus manos apresaron el cuello de Matoka y lo arrastraron por la mesa. La boca del japonés se abrió para lanzar un alarido que emergió como un pequeño gorgoteo.

Con un grito, Jackson cogió la pistola de Matoka y se giró. Una bayoneta se dirigía hacia él, a menos de un metro de distancia. Con el estómago repentinamente helado, giró el cuerpo, moviéndose por instinto.

El reluciente acero japonés le atravesó las costillas y emitió un sonido desgarrador al desprenderse de su camisa.

No había tiempo para disparar. Aunque hubiera querido, Jackson no habría podido disparar, porque había sujetado la pistola por el medio. No era posible detener al guardia japonés, que estaba casi encima de él. Inmovilizado contra la mesa, el americano golpeó con la culata de la pistola, directamente a la atónita cara amarilla. El hombre cayó al suelo.

Por el rabillo del ojo, Jackson vio al guardia junto a la puerta, con el rifle apuntando. Rápidamente, el yanqui hizo girar la pistola en el aire, cogió la empuñadura y levantó el cañón. El rifle en manos del guardia rugió, y Jackson sintió cómo la bala le rozaba la mejilla. Entonces el pesado revólver escupió con furia y el guardia cayó, con el rifle golpeando contra el suelo.

Matoka se arrastraba por el suelo, donde Hart lo había arrojado, emitiendo sonidos como si fuera un animal. Hart había conseguido esquivar el acero del tercer guardia y luchaba con él por apoderarse del rifle.

Con un tirón salvaje, el guardia arrancó el cañón del rifle de la mano del piloto, dio un paso atrás y levantó el arma.

Jackson disparó, y la poderosa bala retorció al guardia, que seguía aferrado al rifle. El artillero disparó de nuevo y la gorra del hombre saltó de su cabeza mientras caía desplomado.

Jackson corrió hacia la puerta. Tres japoneses venían corriendo desde la playa.

Jackson enfiló la pistola y disparó. El japonés que iba al frente se tambaleó, se arrodilló y volvió a levantarse. Desde la playa llegó el hosco ladrido de un rifle y una bala levantó polvo a los pies de Jackson.

Uno de los tres japoneses que corrían hacia la choza levantó su rifle. Jackson oyó cómo las balas se estrellaban contra el revestimiento de la puerta a su espalda. La pistola

volvió a resonar y el japonés que había disparado cayó.

Los guardias de la rampa disparaban ahora. Una bala lanzó arena contra las perneras de Jackson. Una llama al rojo vivo le atravesó el antebrazo izquierdo.

Detrás de él, un rifle se accionó, disparando tan rápido como un hombre podía accionar el cerrojo. Uno de los japoneses cayó y el otro se dio la vuelta y corrió hacia la rampa.

Por la playa corría un hombre blanco sin camisa y con el pelo largo al viento. Smith agitaba un reluciente machete y mientras corría gritaba extraños galimatías. Pero los nativos que trabajaban en la rampa lo entendieron, y como un solo hombre se levantaron y se abalanzaron sobre los guardias.

Los cuchillos y las hachas brillaban bajo el sol de la mañana. Los japoneses dispararon un par de veces, asestaron unas cuantas puñaladas inútiles con la bayoneta y luego, vencidos por el número, cayeron bajo la ola de aullidos de los isleños.

El único japonés que corría hacia la playa se detuvo en seco y huyó hacia la jungla. Con un grito, Smith corrió tras él. El machete centelleó sobre su hombro, abandonó su mano, brillando a la luz del sol mientras giraba de punta a punta. El japonés gritó de agonía cuando se le clavó en la espalda y lo derribó.

Hart salió de la puerta de la choza con el rifle entre los brazos.

—Supongo, Jackson —dijo—, que ya podremos repostar.

Jackson se secó la frente con la manga de la camisa que dejó un rastro de sangre.

—Sí, señor —dijo.

—Te han golpeado —dijo Hart.

—Un par de rasguños, señor —dijo Jackson—. Uno en el brazo y otro en las costillas.

Una figura salió disparada de la oscuridad de la choza que tenían detrás y aterrizó sobre la espalda de Hart. El piloto dejó caer el rifle y se precipitó hacia adelante en el polvo. En la excitación del momento se habían olvidado de Matoka.

Pero cuando Hart tocó el suelo, rodó, liberándose del agarre del japonés.

Jackson empezó a avanzar, con la pistola en ristre, pero Hart le gritó.

—¡No te metas, Jackson!

El japonés cargó contra él, aparentemente buscando una llave de jiu-jitsu, pero el estadounidense lo esquivó y le asestó un golpe. La mano de Matoka se extendió y agarró la muñeca de Hart, haciéndole perder el equilibrio.

Pero mientras Hart caía, consiguió golpear con un dedo del pie la rodilla del japonés, casi haciéndole perder el equilibrio. El japonés perdió el control, pero Hart cayó al suelo de espaldas. Con un grito de triunfo, Matoka se lanzó por los aires. Hart levantó las manos para protegerse, pero el peso del japonés lo arrolló.

Durante largos segundos, los dos permanecieron enzarzados en un esfuerzo agotador. Una vez Jackson dio un paso adelante, luego retrocedió. Hart había dicho que era su combate.

De repente, Hart arqueó la espalda y sacudió a Matoka. Luchando con una rodilla, el americano se levantó lentamente, manteniendo al japonés a un brazo de distancia. De pie, soltó a Matoka de la parte delantera de la camisa y dio un paso atrás. El japonés se abalanzó sobre él, con la cabeza gacha.

Hart lo midió y lo golpeó desde abajo. El golpe que resonó en el silencio matutino, dejó rígido al japonés antes de que se desplomara lentamente.

Hart dejó caer los brazos a los lados y miró aturdido al hombre que yacía flácido a sus pies. Un hilo de sangre brotó de la comisura de los labios de Matoka.

—¡Lo has matado! —jadeó Jackson.

—Quise matarlo —dijo Hart, en voz baja—. Me abofeteó.

Unos pies descalzos subieron por el sendero desde la playa y los dos vieron acercarse a Smith. Los ojos del hombre blanco parpadearon sobre el oficial japonés muerto y se tiró reflexivamente de su barba enmarañada.

—Una buena mañana de trabajo, caballeros —dijo.

—Esos nativos suyos —dijo Jackson—. Ellos...

—Han estado esperando una oportunidad como ésta —le dijo Smith—. Son un pueblo orgulloso y resentían la brutalidad japonesa. Lo habrían hecho hace mucho tiempo, pero yo los detuve. Les dije que algunos morirían.

Respiró hondo.

—Caballeros, algunos de ellos murieron. Pero el resto son libres.

—Pero los aviones japoneses volverán —dijo Hart—. Si no hoy, mañana.

Smith sonrió tranquilamente.

—Estaremos preparados para ellos. Los invasores desembarcaron cañones, antiaéreos. Los aviones no sospecharán. Esperaremos hasta que estén tan cerca que no podamos fallar.

Echó un vistazo a las verdes palmeras que se mecían con la brisa.

—Una vez fue pacífico —dijo—. Volverá a serlo —hizo una pausa, y luego dijo—: Tal vez ustedes, caballeros, quieran ir a Saipán.

El aeródromo de Saipán estaba siendo atacado. Un gran buque de guerra se encontraba a unas millas de la costa y lanzaba andanadas de acero hacia el aeródromo.

—Parece un acorazado, señor —dijo Jackson.

—Tal vez —sugirió Hart—, deberíamos bajar y ver.

—Nunca lo lograríamos —declaró el artillero—. Nos abrirían fuego con todo lo que tengan.

El Avenger, navegando casi en su techo, tenía el cielo para él solo. Por lo visto, la fuerza yanqui estaba retenida por el momento por el bombardeo del aeródromo, mientras que todos los aviones japoneses probablemente habían sido desviados hacia el combate naval que se acababa de librar, y tal vez aún se estaba librando, al oeste.

—Tal vez —dijo Hart—, si nos acercamos a ellos a poca altura sobre el agua podríamos lograrlo.

—Vale la pena intentarlo —estuvo de acuerdo Jackson.

—Bueno, entonces... —dijo Hart—. Levanta los pies. Es probable que se mojen.

El avión se deslizó descendiendo del cielo. Debajo de ellos el barco japonés disparó otra salva, el destello de las bocas de los cañones centelleando en la luz del mediodía. En el campo de aviación, chorros de humo volaban en cascadas.

Jackson pensó en el torpedo que había en el compartimento de bombas, el torpedo que Hart se había negado a disparar contra el portaaviones. El artillero apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas.

Tenían que destruir esa nave.

Si no lo hacían, el campo se convertiría en un terreno arado, privarían a los combatientes de su apoyo aéreo y abrirían el camino a los contraataques enemigos.

El Avenger descendió zumbando hasta que el accidentado terreno quedó justo debajo de su vientre, rozó la ladera justo por encima de las copas de los árboles, centelleó por encima de la espumosa playa y se dirigió mar adentro.

Hart aceleró el motor y Jackson se colocó instintivamente en cuclillas detrás de su arma. Probablemente no sería muy útil. Este sería el momento de Hart.

El Avenger no se elevó más de quince metros sobre el agua. Por delante, asomando en el horizonte, estaba la enorme nave de combate gris.

Una de las baterías de proa tronó, y Jackson pudo ver cómo el barco se tambaleaba por el retroceso. Otra batería se desató, luego dos juntas.

Nadie había reparado en ellos todavía. Aquellas baterías disparando les habían dado una oportunidad.

Entonces un cañón más pequeño escupió desde la nave de combate, y otro, y muchos más. Una lluvia de metralla estalló a la derecha, y géiseres de agua se agitaron a su alrededor.

El acorazado creció rápidamente en tamaño. El avión se estremeció por un impacto y Jackson vio el metal ondulado que se desprendía del ala derecha. Los géiseres de agua se enroscaron sobre ellos y descendieron sobre el avión, empapándolo.

Hart maldijo en voz baja —un torrente de insultos contra los japoneses— y entonces se oyó el ruido que indicó a Jackson que el torpedo estaba en camino.

El Avenger se inclinó hacia arriba y casi pareció arañar el cielo en su prisa por escapar.

Jackson se encontró de pie y gritando mientras la muerte metálica gemía y zumbaba a su alrededor.

Una explosión de llamas se alzó desde el acorazado y el gran armatoste se estremeció de proa a popa, se escoró y se balanceó violentamente.

Dos mil libras de torpedo naval habían alcanzado al buque justo por debajo de la línea de flotación y penetrado, arrojando muerte y destrucción en lo más profundo de sus



entrañas.

El Avenger aceleró con el motor aullando para ponerse a salvo en el cielo. Abajo se tambaleaba un barco siniestrado, quizá no lo bastante dañado como para hundirse, pero al menos fuera de combate.

—¡Parece que tenemos al desgraciado! —gritó Hart.

—¡Lo hicimos, señor! —Gritó Jackson.

—Me dio una bofetada —dijo Hart.

Y Jackson, repentinamente sin fuerzas, supo entonces que para Hart esta guerra nunca más sería impersonal. Hizo falta una bofetada en la cara para que empezara a odiar todo lo japonés.

—¿Cuántos cartuchos te quedan? —gritó Hart.

—Tres rondas, señor —dijo Jackson.

—Tengo todos mis depósitos llenos —declaró Hart, casi con orgullo—. ¿Qué te parece si se las damos todas?

Jackson miró hacia abajo. Ya casi estaban sobre el barco humeante.

—Por supuesto, señor —dijo Jackson alegremente.

Hart inclinó el morro del Avenger hacia abajo y el Wright Cyclone grito una canción de odio.

—¡Allá vamos! —gritó Hart.

Las ametralladoras de las alas lanzaron un auténtico rugido.